

Nota introductoria

Para oponerse a la orientación reformista de la **Federación Social Demócrata (SDF)**, el primer partido político socialista británico, y contra el auto-ritarismo de su presidente H. M. Hyndman un grupo de militantes se separa y funda, en 1884, la **Liga Socialista**. El nuevo partido es apoyado por F. Engels y cuenta en sus filas, entre otros, con Eleonor Marx, Ernest Belfort Bax, Edward Aveling, William Morris. Morris será quien redactará el **Manifiesto** de la nueva organización.

Pese a la contundencia anticapitalista del Manifiesto, no evita ser un texto de compromiso entre las tendencias «marxistas» (social cristianos, fabianos) y anarquistas, dejando al margen la cuestión del antiparlamentarismo, que será la que posteriormente llevará a la ruptura.

William Morris ocupará una posición intermedia entre ambas tendencias. Finalmente, en 1887, en la 3^a Conferencia, la tendencia anarquista es la mayoritaria y los «marxistas» (Eleonor Marx, Aveling,..) son expulsados. Al año siguiente la tendencia anarquista hegemónica destituye a William Morris como director, desde 1885, del semanario de la **Liga Socialista**, *The Commonweal*. La **Liga Socialista** desaparece en 1890 después de todos estos conflictos y de estas rupturas.

En una segunda edición del Manifiesto William Morris junto con Belfort Bax añadirán una amplia serie de notas en las que se desarrolla la crítica del socialismo de Estado y se discute entorno a la divisa saint-simoniana «De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades» y, más en general, sobre la cuestión de la sociedad comunista sin Estado y sin dinero, como meta final.

William Morris (1834-1890) desarrollará todo esto en su libro pionero de una nueva utopía *Noticias de ninguna parte* (1890), que lleva por subtítulo «Una era de reposo» y que irá apareciendo por entregas en *The Commonweal*. El pensamiento político de William Morris queda reflejado también en la *Declaración de principios del Partido socialista de Gran Bretaña*, fundado en 1904, que en anexo adjuntamos.

Manifiesto de la Liga socialista Escrito por William Morris

Adoptado por la Conferencia General del día 5 de Julio de 1885.

Compañeros: Nos hallamos ante vosotros en calidad de defensores de los principios del Socialismo Revolucionario internacional: nosotros luchamos por la transformación de las bases de la Sociedad, por la abolición de toda diferencia entre clases y nacionalidades.

Según la organización actual del mundo civilizado, la Sociedad está dividida en dos clases: los que poseen la riqueza y los medios de producción y los que la producen a través de esos medios para el disfrute de las clases dominantes.

Estas dos clases se hallan necesariamente enfrentadas entre si. La clase poseedora, no productora, sólo puede basar su supervivencia como tal clase en el trabajo no retribuido a los productores; cuanto más trabajo no retribuido puedan conseguir de ellos, más ricos serán. Por ello, la clase productora —los trabajadores— se ve obligada a luchar para mejorar sus condiciones a expensas de la clase poseedora, y el conflicto entre ambas no tiene fin. Unas veces toma forma de rebelión abierta, otras veces de huelgas, y tantas más de indigencia o delito; siempre está presente de una u otra forma, aunque en ocasiones un observador no avisado no lo detecte. (Nota A.).

Hemos hablado poco antes de trabajo no retribuido. Veamos ahora qué significa. La única posesión de la clase productora es la fuerza de trabajo inherente a sus cuerpos; pero desde el momento en que los ricos, como acabamos de decir, poseen todos los medios de producción (es decir, el suelo, el capital y la maquinaria), los productores o trabajadores se ven forzados a vender su única posesión, la fuerza de trabajo, y en los términos que las clases dominantes desean imponer.

Estos términos consisten en que, después de que han producido lo suficiente como para mantenerlos en un orden laboral y les han permitido engendrar hijos que les reemplacen cuando ellos ya no sirvan para trabajar, la plusvalía extraída de su producto pertenecerá a los detentadores de la propiedad, cuya ganancia se basa en el hecho de que todo hombre que trabaja en una sociedad civilizada puede producir más de lo que necesita para su propia subsistencia. (Nota B.).

Este tipo de relación entre la clase poseedora y la clase trabajadora es la base primordial del sistema de producción para obtener beneficios, y en ella se asienta nuestra sociedad moderna. El mecanismo es el siguiente. El fabricante produce para vender con un beneficio al mayorista, quien a su vez repite la operación con el detallista, que debe extraer su ganancia del público en general, auxiliado por diversas formas de fraude y adulteración y por la ignorancia sobre el valor y la calidad de las mercancías en que este sistema mantiene al consumidor. El sistema de obtención de beneficios se mantiene gracias al enfrentamiento o lucha encubierta no solo entre las clases en conflicto, sino también en el seno de la misma clase existen siempre enfrentamientos entre los trabajadores por la mera subsistencia, y entre los patronos, contratistas e intermediarios para detentar los beneficios sustraídos a los trabajadores; por último, siempre existe competencia, incluso guerra abierta, entre las naciones del mundo civilizado para dominar el mercado mundial. Pues ahora, en efecto, todas las rivalidades entre las naciones han quedado reducidas a una lucha degradante por acaparar las materias primas de los países bárbaros y utilizarlas en el propio país para así incrementar la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres.

Pues dado que los bienes tienen como objetivo primario su venta, y solo en segundo término su uso, el trabajo se desperdicia en gran parte. Porque la búsqueda del beneficio obliga al fabricante en su competencia con sus colegas a abaratar los precios de venta de sus productos en el mercado, exista o no una demanda real de ellos. En este sentido se expresa el Manifiesto Comunista de 1847: «La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.»

Además, toda la red de comercialización es una pura pérdida en este sistema: en ella se utilizan verdaderos ejércitos de oficinistas, viajantes, tenderos, agentes de publicidad, y todo

ello exclusivamente para trasladar el dinero de un bolsillo a otro. Y toda esta pérdida en la producción y en la comercialización, unida al mantenimiento de las estériles vidas de las clases poseedoras e improductivas, debe ser costeada por medio de los productos elaborados por los trabajadores, lo que supone una ininterrumpida carga en sus vidas.

Así, pues, las inevitables consecuencias de lo que llamamos civilización son obvias en las vidas de sus esclavos, la clase trabajadora: en el deseo y necesidad de ocio allí donde penosamente trabajan, en la mezquindad y estrechez de esos barrios de nuestras grandes ciudades donde malviven; en la degradación de sus cuerpos, su maltrecha salud y su temprana mortalidad, en esa tremenda brutalidad tan frecuente entre ellos que no es sino el reflejo del cínico egoísmo imperante en las clases adineradas, brutalidad esta tan despreciable como la otra; y finalmente, en la multitud de delincuentes que son producto de nuestro sistema comercial, al igual que esa asquerosa competitividad en los precios que solo sirve para consumir y esclavizar a los pobres.

¿Qué solución proponemos entonces nosotros ante el fracaso de nuestra civilización, hecho admitido en la actualidad por la mayoría de los hombres sensatos?

Acabamos de mostrar que los trabajadores, aunque engendran toda la riqueza de la sociedad, no controlan en modo alguno su producción y comercialización; el *pueblo* que es la única parte realmente orgánica de la sociedad, es tratado como un mero apéndice del capital, como una pieza de su engranaje. Esto debe cambiar radicalmente: la tierra, el capital, la maquinaria, las fábricas, talleres, almacenes, medios de transporte, minas, banca, en suma todos los medios de producción y distribución de la riqueza deben ser declarados y considerados como propiedad común a todos. Todo hombre recibirá entonces el íntegro valor de su trabajo sin deducción alguna en beneficio de un patrono, y como todo el mundo trabajará y no existirá el trabajo inútil que la búsqueda del beneficio engendra, la cantidad de tiempo necesario que todo individuo deberá desarrollar quedará reducida a unas dos o tres horas diarias; así todos dispondrán de un abundante tiempo de ocio para desarrollar tareas intelectuales o de otro tipo, según las propias inclinaciones. (Nota C).

Este cambio en el sistema de producción y comercialización permitiría que todos vivieran dignamente, libres de las sórdidas inquietudes por las necesidades cotidianas que en la actualidad tan abrumadoras son para la inmensa mayoría de la humanidad. (Nota D).

Pero además, las relaciones sociales y morales entre los hombres se verían profundamente modificadas merced a la conquista de la libertad económica y al fin de las supersticiones —morales y de todo tipo— que necesariamente son inherentes a un régimen de esclavitud económica. Nuestros deberes consistirían entonces en el cumplimiento de unas obligaciones concretas y claramente definidas para con la comunidad antes que en la subordinación de la personalidad y de las acciones individuales a unas normas preestablecidas al margen de las responsabilidades sociales. (Nota E).

Nuestro actual matrimonio-propiedad burgués, junto con su inevitable complemento, la prostitución, darían paso a unas relaciones entre los sexos justas y humanas. (Nota F).

La educación, liberada de las trabas del mercantilismo y de las supersticiones, no sería sino la potenciación de las diversas facultades del hombre y su capacitación para una vida social más plena y feliz, puesto que la finalidad de la vida no sería ya el mero trabajo, sino la felicidad de todos y cada uno de los hombres.

Solo mediante cambios tan fundamentales en la vida del hombre, solo mediante la conversión de la Civilización al Socialismo, pueden esas miserias del mundo antes mencionadas ser corregidas.

Refiriéndonos ahora exclusivamente a la política, tanto en el Absolutismo como en el Constitucionalismo y el Republicanismo, han sido ensayados en nuestros días bajo el sistema social imperante, y los tres han fracasado igualmente frente a los auténticos problemas de la vida.

Por otra parte, tampoco ciertos esquemas incompletos de reforma social que ahora se ofrecen al público solucionarán la cuestión.

La llamada cooperación —esto, es co-operación competitiva para el beneficio— solo incrementaría el número de pequeños capitalistas por acciones, bajo la apariencia de estar creando una aristocracia del trabajo, mientras que intensificaría la dureza del mismo por su tendencia a una jornada de trabajo excesiva.

La nacionalización de la tierra únicamente, que muchas personas responsables y sinceras defienden hoy, sería inútil en tanto el trabajo esté sujeto al despojo de la plusvalía inevitable en el sistema capitalista. (Nota G). Tampoco sería mejor solución la del Socialismo de Estado, reciba el nombre que reciba, cuyo objetivo sería hacer concesiones a la clase trabajadora, dejando en funcionamiento el actual sistema de capital y salarios: ningún cambio únicamente administrativo, hasta que los trabajadores detengan todo el poder político, supondría un auténtico acercamiento al Socialismo. (Nota H).

La Liga Socialista, pues, persigue la realización de un Socialismo Revolucionario total, y sabe bien que esto no puede acontecer en ningún país sin la ayuda de todos los trabajadores. Para nosotros las fronteras, la historia política, la raza y los credos, nunca engendran rivales o enemigos; para nosotros no existen naciones, sino solo diversas masas de trabajadores y amigos, cuyas mutuas simpatías son reprimidas o pervertidas por grupos de patronos y explotadores, cuyo objetivo es fomentar rivalidades y odios entre los moradores de los distintos países. Es evidente que para todas estas masas oprimidas y engañadas de trabajadores y para sus patronos, un gran cambio se avecina: las clases dominantes se sienten incómodas, inquietas, turbadas incluso, ante la condición de aquellos a quienes gobiernan; se lucha por los mercados del mundo con una ferocidad jamás conocida; todo parece indicar que el actual sistema comercial se está volviendo incontrolable y está escapando de las garras de sus actuales dirigentes.

La única salida para todo esto es el Socialismo. Así como se pasó de la esclavitud a la servidumbre y de ésta al llamado sistema de trabajo libre, así con toda seguridad este último se transformará en orden social.

Por la consecución de este cambio la Liga Socialista se afana con plena responsabilidad. Como medio para conseguirlo hará todo cuanto esté en su mano por la educación de la gente en los principios de esta gran causa y se esforzará en organizar a los que acepten esta educación, de forma que cuando la crisis que el desarrollo de los acontecimientos va fraguando sobrevenga, haya un núcleo de hombres prontos a ocupar su puesto y a dirigir el imparable movimiento.

Un fuerte compañerismo y un firme propósito de hacer avanzar la Causa, harán surgir entre nosotros espontáneamente la organización y la disciplina indispensables para el éxito; pero cuidemos de que no existan distinciones de rango o de dignidad entre nosotros, que dejen resquicio al egoísta deseo de liderazgo, que tan a menudo ha lesionado la causa de los trabajadores. Nosotros trabajamos por la igualdad y la fraternidad para todo el mundo, y solo a través de la igualdad y la fraternidad vuestro trabajo será eficaz.

Afanémonos, pues, por hacer realidad el cambio hacia el orden social, la única causa, de entre todas las que se les presentan, que merece la atención de los trabajadores: trabajemos por

esta causa pacientemente, con esperanza, sin regatear sacrificios. El esfuerzo por aprender sus principios, por enseñarlos, es vital para nuestro progreso; pero a esto debemos añadir, si queremos evitar un rápido fracaso, honestidad y fraternal confianza de unos para con otros y que invada nuestro corazón la fe en el Socialismo, único credo que la Liga Socialista profesa.

Anotaciones al Manifiesto (Selección)

A) Se hace referencia a los distribuidores *necesarios* que «pertenecen realmente a la clase de los productores»; también a los profesionales, como los médicos: «Tales hombres no tienen nada que perder y mucho que ganar de una revolución social...»

B) «El nivel de vida varía según las diferentes épocas y países: ha sido siempre objeto de enconadas disputas entre patronos y obreros, pero el resultado de todo esto siempre ha sido la aparición de una clase trabajadora *tan misera* que apenas supera el actual estado de inanición...»

C) «El fin que el verdadero Socialismo nos propone es la realización de una absoluta igualdad de condiciones, potenciada por el desarrollo de las diversas capacidades, según el lema: *de* cada uno según su capacidad, *a* cada uno según sus necesidades; pero puede ser necesario, y probablemente lo será, atravesar un período de transición durante el cual la moneda se usará todavía corno medio de cambio, aunque por supuesto no comportará la plusvalía. Existen diversas propuestas referentes a la retribución del trabajo durante este período. La comunidad debe exigir una cierta cantidad de trabajo a toda persona que no sea menor o física o mentalmente incapaz, siendo esta exigencia como la de la naturaleza, que no nos da nada de balde.»

«Este trabajo debe determinarse bajo el supuesto de que cada individuo realiza una cantidad de trabajo que se calcula sobre la media que una persona habitualmente sana pueda llevar a cabo en un tiempo dado, determinándose éste según el tiempo necesario para la producción de una determinada cantidad de harina. Es evidente que bajo este sistema, y dadas las diferencias de capacidad, un hombre tendría que trabajar más tiempo y otro menos en relación con el promedio estimado, y así el resultado se alejaría del ideal comunista de igualdad absoluta; pero es probable que estas diferencias tengan muy pocas repercusiones prácticas en la vida social, ya que las ventajas conseguidas por los mejores trabajadores no se podrían convertir en un arma para explotar a los otros, desde el momento en que la renta, el beneficio y el interés habrían dejado de existir. Aquellos que obtuvieran más bienes tendrían que consumirlos ellos mismos, pues de otra forma no los serían de ninguna utilidad. Habría que recordar también que la

tendencia de la producción moderna es la de igualar las capacidades de trabajo por medio de la maquinaria...»

«Pero desde un segundo planteamiento, el trabajo debería organizarse según un promedio de tiempo estimado como necesario, de forma que nadie tuviera que trabajar más que otros, y la comunidad tendría que soportar las diferencias entre las diversas capacidades. El burgués aducirá desde luego, que esto supondría un premio a la indolencia y estupidez; pero, una vez más, debemos recordarle que la mecanización aliviaría mucho el problema; y además que, al ser cada uno incitado a desarrollar sus capacidades, todos podrían sentirse útiles... Cualquier residuo de desigualdad sería combatido por la nueva ética de una era Socialista, en la que el deber primordial pasaría a ser la decidida realización de una función social. Escamotear el trabajo sería entonces tan degradante para el hombre ordinario, como la cobardía ante el enemigo lo es ahora para el oficial del ejército, y consecuentemente se evitaría esta actitud.»

«Finalmente, esperamos anhelantes el momento en el que ya no exista ningún tipo de intercambio, como sucedía en ese primitivo Comunismo que precedió a la Civilización.»

«El enemigo dirá: Esto es retroceder, no progresar, a lo que nosotros contestamos: Todo progreso, en cualquiera de sus etapas, implica a un tiempo movimientos de retroceso y de avance. Lo nuevo es un principio anterior elevado a un plano superior; ese viejo principio reaparece transformado, purificado, fortalecido, dispuesto a una vida más plena nacida de su muerte aparente... La vida progresá en espiral, nunca en línea recta.»

D) «La liberación de estas sórdidas inquietudes es la cínica oportunidad de salvación de la insipidez o de la amargura, a las que las vidas de la mayor parte de los hombres están abocadas. Entonces una auténtica diversidad y una limpia emoción invadirían la vida humana. Entonces llegaría a su fin ese *triste nivel de mediocridad*, característica necesaria de toda época de producción capitalista, que obliga a todos, salvo a una pequeña minoría, a convertirse en puras máquinas. La personalidad individual nace de la producción comunitaria; es la ciega lucha por el medro personal la que uniforma todas las personalidades al ofrecerles un único objetivo en la vida, un objetivo sórdido en sí mismo y al que cualquier otra aspiración, por noble que sea, queda condicionada.»

E) «Un nuevo sistema de producción industrial debe comportar necesariamente su propia moralidad. Moralidad que, en una situación correcta de la Sociedad, no debía significar otra cosa que la responsabilidad del individuo frente al conjunto social del que forma parte, ha llegado a significar su responsabilidad ante un ser sobrenatural que arbitrariamente crea y dirige su conciencia y las leyes que le deben gobernar, aunque los atributos de este ser no son sino el reflejo de alguna fase anterior de la existencia del hombre y cambian más a menos según las épocas. Una moralidad puramente teológica significa, pues, la supervivencia de una condición de la sociedad ya superada; debe añadirse que, por sagrada que convencionalmente se la considere, es rechazada sin ningún escrúpulo cuando entra en contradicción con necesidades (imprevistas en su origen) inherentes a una determinada situación de hecho.»

«El cambio económico que propugnamos no será, pues, estable si no va acompañado de una correspondiente revolución en la ética, lo que, por otra parte, es inevitable, pues ambos elementos son parte inseparable de un todo: el progreso social.»

F) «Bajo un sistema Socialista los contratos entre particulares serían voluntarios y no impuestos por la comunidad. Esto se aplicaría tanto al contrato de matrimonio como a los demás y se convertiría en una cuestión de simple inclinación. La mujer compartiría también la certeza de tener asegurada, como todos, la subsistencia; y los niños serían tratados desde su

nacimiento como miembros de la comunidad con derecho a compartir todas sus ventajas; de forma que en los contratos no pesarían más razones económicas que las estrictamente legales. Tampoco una opinión pública auténticamente instruida, libe-rada de puntos de vista puramente teológicos, insistiría en lo que respecta a la castidad en su naturaleza de ligadura permanente ante cualquier malestar o sufrimiento que ésta pudiera ocasionar.»

G) «La tierra bajo el sistema capitalista ‘no es *sino una* de las formas del capital.’»

«Por poder político no entendemos el ejercicio de los derechos ciudadanos ni siquiera el pleno desarrollo del sistema representativo, sino el control directo por el pueblo de toda la administración de la comunidad, sea cual fuere el destino último de dicha administración.»

E. Bellfort Bax. William Morris.

Los principios del socialismo

Objetivo

La instauración de un sistema de sociedad donde la comunidad en su conjunto poseerá y administrará democráticamente, en su propio interés, los instrumentos y los medios de producción y de distribución de las riquezas

Declaración de principios

El Partido Socialista pone como principio:

1. Que la sociedad tal como ahora está constituida se funda en el hecho que la clase capitalista o dominante posee los medios de vida (tierras, fábricas, ferrocarriles, etc.) y tiene así sojuzgada a la clase trabajadora que es la que solo por su trabajo produce todas las riquezas.
2. De la cual resulta en la sociedad un conflicto de intereses que se manifiesta por una lucha de clases entre los que poseen pero no producen y los que producen pero no poseen.
3. Que este conflicto solo desaparecerá cuando la clase trabajadora se emancipe del yugo de la clase dominante, gracias a la conversión en propiedad común de la sociedad de los medios de producción y distribución, y a la administración democrática de estos por toda la población.
4. Que, puesto que en el orden de la evolución social la clase trabajadora es la última en conseguir su libertad, la emancipación de la clase trabajadora implicará la emancipación de toda la humanidad sin distinción de raza ni de sexo.
5. Que esta emancipación debe ser obra de la misma clase trabajadora.
6. Que, puesto que la máquina gubernamental, incluidas las fuerzas armadas de la nación, solo existe para que la clase capitalista pueda conservar el monopolio de las riquezas arrebatadas a los trabajadores, la clase trabajadora debe organizarse de manera consciente y

política para alcanzar los poderes gubernamentales, nacionales y municipales, a fin de que esta máquina, incluidas las fuerzas armadas, pueda ser convertida de instrumento de opresión en agente de emancipación que derrocará los privilegios plutocráticos y aristocráticos.

7. Que, puesto que todos los partidos políticos no son más que la expresión de intereses de clase y que el interés de la clase trabajadora es diametralmente opuesto a los intereses de la clase dominante, el partido que tiene por finalidad la emancipación de la clase trabajadora debe ser hostil a cualquier otro partido.

8. El Partido Socialista entra pues en el campo de la acción política, resuelto a luchar contra los demás partidos políticos, tanto los que pretenden actuar en nombre de los trabajadores como los que se dicen capitalistas, e invita a los miembros de la clase trabajadora de este país a que se pongan bajo su bandera a fin de acabar pronto con el sistema que los priva del fruto de su trabajo, para que la pobreza ceda la plaza al confort, el privilegio a la igualdad y la esclavitud a la libertad.♦